

La batalla de Bouvines (27/7/1214)

La batalla de Bouvines tuvo lugar en el día de 27 de Julio del año 1214 de la era cristiana cuyos bandos beligerantes fueron por un lado tan solo el Reino de Francia cuyo ejército estaba a la cabeza del rey Felipe II Augusto y sus vasallos Eudes III de Borgoña, Roberto II de Dreux y Guillermo II de Ponthieu, y estos tenían ante sí a un grupo de adversarios en contubernio contra ellos contra los cuales la lucha sería complicada, y estos fueron el Sacro Imperio Alemán al mando del emperador Otón IV, el Reino de Inglaterra, el Condado de Flandes con Fernando de Flandes y el Condado de Holanda con Guillermo I de Holanda.



El día del combate:

Cuando el ejército de Francia del Rey Felipe tuvo a tiro de piedra a las tropas de Otón, el grueso de los caballeros franceses todavía no había llegado, pues se encontraban en marcha en el lado

opuesto del río y no había tiempo que perder. El Rey de los franceses desplegó a su ejército en consecuencia en la ribera del río y el Emperador Otón hizo lo mismo con sus propias tropas en la orilla contraria, frente a frente con sus hombres frente a su enemigo francés. Los primeros movimientos de las tropas del rey Felipe fueron obligar a los alemanes a someterse a la sorpresa de ser atacados en primer lugar e intentar atenazar a sus enemigos en una suerte de pinza de la que no pudieran escapar. El Obispo de Senlis, que participaba en la batalla, logró que sus 300 sargentos rompieran las líneas teutonas y los separaran. Fue entonces cuando el grueso de los soldados que servían de protección personal del Emperador Otón se lanzasen a la carga contra los franceses junto con su mismo líder a su lado.



Los franceses habían comenzado bien la batalla pero sus adversarios estaban aliados, y eran muchos, y el bando francés había llegado al campo de batalla a luchar en soledad contra varios reinos como un niño intenta defenderse de varios matones en un colegio y por tal razón empezaron a retroceder. Poco a poco el empuje inicial francés se transformó en una remontada del bando Alemán y sus aliados. Las líneas del Rey Felipe se desmoronaban y la caballería iba retrocediendo y dejando tras de sí un rastro de armas, cadáveres y caballos sin dueño y desorientados. Felipe estaba perdido, sabía que estaba perdiendo la batalla e intentó evitarlo y

animar a sus tropas a un esforzado contraataque pero pronto se vio completamente rodeado y maldiciendo ese día y a sus rivales. Fué entonces cuando un hombre con un garfio agarró al aparentemente derrotado Rey enganchándolo por una parte de su armadura y descabalgándolo de su montura.



Sin embargo y en un ataque de orgullo y decisión, el Rey Felipe se puso de pie de nuevo y uno de sus más fieles hombres le ofreció su caballo en el que poder reincorporarse de nuevo al combate. No todo estaba perdido todavía. El campo de batalla era una carnicería y el polvo, el griterío y la confusión reinaban por doquier. Y por añadidura empezaba a anochecer. Para aquellas horas el bando francés empezaba a mostrar signos de agotamiento y todo alrededor era un desastre. Y al final Guillaume des Barres reunió a un grupo de caballeros, y se lanzó en persecución de Otón, y su intención era tomarlo prisionero de la misma manera en que se intentó hacer con su rey Felipe y traer al Emperador alemán a los pies y espuelas del monarca francés. Casi lo logra, casi, cuando

su caballo se derrumba muerto y se queda con las ganas de tener su gloria del día. Y el Emperador Otón huye como alma que lleva el diablo hacia Valenciennes, abandonando a sus tropas y bandera a su suerte, y el vencedor de Bouvines resultó ser el Reino de Francia, una victoria difícilmente arrancada a los alemanes y sus aliados pero aquel día fué de los franceses.

